

rios, reformó las costumbres en las provincias y en a corte, resucitó la devoción á la santísima Virgen, introdujo en todas partes la frecuencia de sacramentos, y solo con dejarse ver, movía y enternecía á todos hasta derramar muchas lágrimas.

Murió Ignacio, y Francisco sintió su muerte; pero la sintió como santo. El miedo de que, si volvía á Roma, se avivase mas en el papa el pensamiento de hacerle cardenal, que nunca habia depuesto del todo, le hizo encontrar mil razones para excusarse de asistir á la elección de nuevo general. El padre Lainez, que sucedió á san Ignacio, quería tener á Borja cerca de sí; pero como aconteció por este tiempo el retiro del emperador al monasterio de Yuste, se vió precisado á dejarle todavía en España. Deseaba Carlos V ver al padre Francisco; y no ignorando este las malignas impresiones de que habian imbuido en Alemania el ánimo de aquel príncipe contra su sagrada religion los enemigos de la Iglesia y de la Compañía, pasó al punto á visitarle. Recibióle el emperador con las mayores demostraciones de amor y de estimacion; tuvo con él diferentes conversaciones sobre las reglas, el espíritu y el fondo de su instituto; quedando tan desengañado, que no solo formó un alto concepto del mérito de Francisco, sino tambien el mas superior aprecio de la excelencia y de la santidad de su nueva religion. Honróle mas que nunca con su imperial benevolencia, y le encargó varias comisiones para las córtes de España y de Portugal, que desempeñó Francisco felizmente, acompañando siempre á todas sus empresas el zelo de la salvacion de las almas.

Habia nacido la Compañía de Jesus en el monte de los mártires; quería Dios que se criase en medio de las persecuciones á imitacion del divino Salvador, con cuyo nombre se honraba, y permitió que por entonces fuese perseguida furiosamente en España. Con-

juró Borja dichosamente todas aquellas tempestades, y en breve tiempo se descubrió el cielo sereno. Murió el emperador Carlos V; pronunció Francisco su oracion fúnebre en presencia de toda la corte, y todos convinieron en que aquel gran emperador habia sido dichoso, mereciendo los elogios de un hombre tan santo y de un juez tan íntegro, justo apreciador del mérito verdadero.

Padeció el santo por este tiempo una grave enfermedad; convalació de ella, y habiendo hecho la visita de todos los colegios de la Compañía que habia en Portugal, habiendo predicado la cuaresma en la catedral de Évora, y habiendo visitado al célebre don fray Bartolomé de los Mártires, que acababa de fundar un colegio de jesuitas en su ciudad arzobispal de Braga; estando en la ciudad de Oporto, tuvo noticia (sin que le causase la menor inmutacion) de que la inquisicion de España habia condenado un libro espiritual que corria con su nombre. Siendo duque de Gandía, habia compuesto para su uso particular dos trataditos espirituales sobre la humildad, que toda la vida fué su querida virtud, intitulados, el uno: *Espejo del hombre cristiano*; y el otro, *Colirio espiritual*. Ambos se habian impreso sin noticia suya en diversas ciudades del reino; pero viendo los libreros que era corta la ganancia por lo reducido del volúmen, resolvieron abultarle, añadiendo á los dos tratadillos del padre Francisco otros once de diferentes autores sobre materias espirituales; y para asegurar el despacho á todos, los intitularon *Obras del duque de Gandía*. Con este titulo salieron en el edicto de la inquisicion ó en el expurgatorio, sin hacerse distincion de las que eran obras del santo y de las que no lo eran. No habia cosa mas fácil para Francisco que justificarse; pero no se lo permitió su amor á la humillacion, queriendo mas padecer aquel sonrojo, entregándose al

silencio, que perder el mérito de la humildad volviendo por su causa.

Los padres Lainez y Salmeron tenian que pasar al concilio de Trento como teólogos del papa, por lo que recibió Borja una orden de su general para que se trasfiriere á Roma á ejercer el oficio de vicario suyo durante el tiempo de su ausencia. Desempeñó este empleo con tan universal aplauso, que, muerto el padre Lainez el año de 1565, fué electo general, sin que hiciesen fuerza sus razones ni sus ruegos. Aplaudió el mundo esta eleccion, que costó á Francisco muchas lágrimas, y necesitó largo tiempo para enjugarlas. Muy desde luego experimentó la Compañía las bendiciones que echó el cielo sobre su feliz gobierno. Propagóse aquella con asombrosa multitud de casas por uno y otro mundo, creciendo aun mas que las mismas fundaciones el fervor en la virtud y la aplicacion al estudio de las letras. Reconocióse cada dia mas ardiente el zelo de los operarios evangélicos bajo la direccion de tal jefe; y á las órdenes de un general santo brillaba en todas partes la santidad de aquella tierna y recién nacida Compañía. Dió nuevo vigor á sus constituciones; enriqueció su instituto con prudentísimos reglamentos; y puso, por decirlo así, la última mano tanto á la disciplina regular, como al régimen mas acertado de la escuela. El papa san Pío V hizo muchas ventajas á sus predecesores en la grande estimacion que profesó á nuestro santo, y en los favores con que honró á su religion. Apreciaba mucho sus consejos, y consultaba á Borja en casi todas las necesidades de la Iglesia. No hubo provincia en la cristiandad adonde su caridad no se extendiese; no hubo país inficionado del error que no experimentase los efectos de su zelo.

El único privilegio que juzgó le concedia aquella suprema prefectura, era no reconocer ya superior

dentro de la religion que pudiese poner limites á los rigores de sus penitencias. Mortificaba su cuerpo con todos los modos que podia inventar una ingeniosa crueldad. Confesaba que seria para él intolerable la vida si se pasase un solo dia sin solicitar que experimentase su carne algun extraordinario dolor. No contaba los ayunos en el número de las penitencias; las disciplinas eran de ochocientos golpes; repetíalas muchas veces al dia, de manera que sus espaldas eran una sola llaga. Pero bien se puede decir que su principal virtud fué la humildad. Ningún hombre se despreció mas á sí mismo; ninguno deseó con mayores veras ser despreciado de los demás. Firmábase por lo comun *Francisco Pecador*. De las mismas dignidades á que le elevaban sabia aprovecharse diestramente para humillarse mas, y confesó con ingenuidad á un confidente suyo que para él no habia gusto ni alegría mas sensible que cuando le maltratában. Así, pues, no hay ya de que admirarse si Dios inundaba aquel corazón con torrentes de espirituales delicias, destellos anticipados de los gozós de la gloria. Era su oracion un éxtasis continuado, y sus dulcísimas lágrimas en el santo sacrificio de la misa efecto del ardor de aquel corazón abrasado en el amor de su Dios. Bastaba pronunciar en su presencia los santos nombres de Jesús y de María para observar sus ojos arrasados en tiernas lágrimas, y todo inflamado su semblante. Por su extraordinaria devocion á la santísima Virgen se puso en camino para Loreto en lo mas fuerte de una violenta enfermedad: luego que partió, comenzó esta á ceder; y, cuando llegó al término de su peregrinacion, se halló enteramente sano. Nombróle el papa para que acompañase al cardenal Alejandro, su nepote, en las legacias de España, Francia y Portugal. En todas partes dejó un admirable olor de su santidad; en todas las córtes renovó el zelo de

la religion; y no contentándose con el oficio de medianero de la paz, ejerció el ministerio de predicador apostólico.

Al volver á Roma, cayó gravemente enfermo en Ferrara á tiempo que estaba junto el cónclave de los cardenales, donde seriamente se pensó en hacerle papa; pero con la noticia de su enfermedad y con la memoria del teson con que por siete veces se resistió á admitir el capelo, se dejó aquel pensamiento. Prosiguió en su rigor la enfermedad, y tomó el camino de Roma por Loreto, donde satisfizo su ardiente devoción á la santísima Virgen. Llegó á Roma muy postrado, y no quiso admitir mas visitas que las de sus hermanos. Envio uno de ellos al papa pidiéndole su bendicion y una indulgencia plenaria de sus pecados. Recibió los sacramentos con extraordinario fervor; pidió perdon á los padres de los malos ejemplos que le parecia haberles dado; recogióse en oración; elevóse su espíritu á Dios por un éxtasis maravilloso; volvió de él, y lleno de aquella confianza que acompaña á los santos hasta el último suspiro, entregó tranquilamente el alma á su Criador el dia primero de octubre del año 1572, al ir á cumplir los sesenta y dos de su edad.

Luego que espiró, todos los padres de la casa profesa, testigos de la santidad de sus obras y de los milagros de su vida, se hincaron de rodillas para implorar su intercesion. Hallábase presente don Tomás de Borja, hermano del santo, y deseoso con devota curiosidad de ver por sí mismo la piel vacía, correspondiente al estómago, que le doblaba toda la cintura, efecto portentoso de sus ayunos y de sus penitencias, todas las veces que para este fin aplicó la mano debajo de la sotana la sintió inflamada, entorpecida y sin movimiento. Así depone esta maravilla el mismo señor en la relacion de las virtudes y milagros de su

santo hermano, que compuso siendo arzobispo de Zaragoza; y compulsada en los procesos verbales de su beatificacion y canonizacion, se halló en todo conforme con las deposiciones de todos los demás testigos.

El prodigioso concurso del pueblo que acudió á su entierro fué como la voz de Dios que publicaba la gloria de su fiel siervo. No hubo cardenal ni prelado que no quisiese besarle los piés. Colocóse por entonces el precioso depósito de su cuerpo en la iglesia antigua de la casa profesa, donde fué venerado por la devocion particular de los fieles hasta el año de 1617. El dia 23 de febrero del mismo año le pasaron á la sacristia de la misma casa; algunos dias despues le trasladaron á la iglesia de Jesus, y de esta el cardenal duque de Lerma, primer ministro de estado de Felipe III, y nieto de nuestro santo, logró con su autoridad y valimiento trasladarle á la corte de Madrid, donde fué colocado en la suntuosa iglesia de la casa profesa de la Compañía, que el mismo cardenal habia edificado á sus expensas, celebrándose esta traslacion con grande solemnidad. Luego que el santo fué beatificado por el papa Urbano VIII en 24 de noviembre de 1624, le escogió la villa de Madrid por su protector, juntamente con san Isidro Labrador, su principal patrono: disposicion admirable de la divina Providencia para que los grandes del mundo tuviesen á la vista dos ejemplos que por caminos diferentes les enseñasen á usar cristianamente de la grandeza de la tierra: el de Isidro, despreciándola teniendo delante de los ojos un pobre Labrador elevado á tanta gloria; el de Borja, aprovechándose de ella, con un grande de España á la vista, venerado en los altares. Aceleró mucho su canonizacion el crecido número de milagros que obró Dios por intercesion de nuestro santo; y terminada felizmente por el papa Clemente X, el año de 1671, fué solemnizada con grandes fiestas en los pue-

blos de España. Su fiesta se celebró al principio el día 3 de octubre; pero la trasladó y la fijó al día 10 el papa Inocencio XII.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Domine Jesu Chrīste, veræ humilitatis et exemplar et præmīum, quæsumus, ut sicut beatum Franciscum in terreni honoris contemptu imitationem tui gloriosum effecisti; ita nos ejusdem imitationis, et gloriæ tribuas esse consortes. Qui vivis et regnas....

Señor mio Jesucristo, ejemplo y premio de la verdadera humildad; suplicámoste que así como hiciste el bienaventurado Francisco glorioso imitador tuyo en el desprecio de los honores de la tierra, así tambien nos concedas que sigamos sus pasos en tu imitacion, y le acompañemos en tu gloria. Tú que vives y reinas...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria, y la misma que el día III, pág. 57.

NOTA.

« Tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, todos los que escribieron sobre máximas de religion y de virtud nos propusieron por ejemplares ó modelos á los hombres grandes que practicaron la virtud, y observaron estas máximas. Así lo hace el autor del libro del Eclesiástico, singularmente en el capítulo de donde se sacó esta epistola. »

REFLEXIONES.

Fué amado de Dios y de los hombres. Esta es la suerte y como la herencia de la verdadera virtud. Ama Dios á los buenos, y por estragado, por corrompido que esté el corazon humano, tambien los hombres los es-

timan. Es este un tributo que se paga á la virtud, aunque rebiente el amor propio, y á pesar de todas las pasiones que conspiran contra ella. Mientras se conserve una sola centella de razon, la que nunca se apaga totalmente, quiera ó no quiera, ha de rendir esta especie de vasallaje á la verdadera devocion; y si se ven tantos que se desenfrenan contra los hombres virtuosos, es precisamente porque no se quieren persuadir á que verdaderamente lo son. Quisieran ellos ver desterrada del mundo á la verdadera virtud, ó por lo menos que se considerase imposible su práctica para libertarse de aquellos remordimientos, de aquel vergonzoso rubor que les causa la que notan, ó no pueden menos de admirar en muchos otros con quienes viven. Esfuérase su mismo amor propio á persuadirles, con artificio siempre maligno, que no es virtud verdadera la que observa en los demás; y de aquí nace aquel desbocarse, aquel desencadenarse contra todos los devotos. Tanta verdad es que la incredulidad en materia de virtud por lo regular no tiene otro principio que el despique y la disolucion. Quien formare concepto cabal, justo y claro de la verdadera virtud, se ha de sentir forzado, por decirlo así, á respetarla, á amarla y hacerle la justicia que se merece. Acerquémonos á reconocer su verdadero retrato. Un hombre sólidamente virtuoso, un hombre que ama perfectamente á Jesucristo, es un hombre sin amor propio, sin artificio, sin ambicion. Es un hombre en todos tiempos severo consigo mismo, sin disimularse, sin perdonarse cosa alguna; y en todos suavísimo, dulcísimo con los demás, disculpando en ellos todo; honrado sin afectacion, amigo de complacer sin baja-jeza, servicial sin interés, exactísimo en todo sin escrúpulo, continuamente unido á Dios sin opresion, nunca ocioso, pero nunca acongojado; empleado siempre con sosiego, pero nunca distraído ni meno-